

Boletín mensual para los Servidores de la Renovación en el Espíritu Santo de Cuba

8a. DIFICULTADES PARA LA ORACIÓN PERSONAL - II

4. NO ESTAR EN PAZ EN NUESTRAS RELACIONES BÁSICAS CON DIOS Y CON LOS DEMÁS

Si estamos ocultando a Dios parte de nuestra vida, si no deseamos arrepentirnos, ni confesar nuestros pecados, si no escuchamos la invitación del Espíritu que nos mueve a hacer o a abandonar algo o alguien que no está en conformidad con Dios, no podremos llegar al contacto e intimidad con el Señor.

Pongamos orden en nuestra vida siguiendo la dirección del Espíritu Santo y veremos cómo se nos abre el camino de la oración. Si tenemos problemas con nuestros hermanos, también lo tendremos con el Señor.

“No entristezcan al Espíritu Santo de Dios, con el que fueron sellados para el día de la Redención. Toda amargura, ira, cólera, gritos, insultos y toda clase de maldad, desaparezca de entre ustedes. Sean buenos unos con otros, entrañables, perdonándose mutuamente como los perdonó Dios en Cristo” (Ef.4,30-32).

Es necesario no guardar resentimientos ni cólera con los hermanos, para no entristecer el Espíritu de Dios sino más bien para



que descance sobre nosotros y nos dé un “espíritu de oración”.

5. ACOSTUMBRARNOS A CONVERSACIONES VANAS Y PENSAMIENTOS SUPERFICIALES

Por medio de la oración el Espíritu de Dios debe estar penetrando todos los aspectos de nuestra vida, incluyendo nuestro modo de hablar, nuestros pensamientos y aún nuestro vestir y nuestro comportamiento. Si resistimos sus impulsos a transformarnos en cualquiera de estas áreas, si nos aferramos a viejos moldes en nuestro hablar o pensar “contristaríamos” al Espíritu y obstaculizaríamos nuestra oración. Hablar por hablar, chistes de doble sentido, conversaciones

vanas y cosas por el estilo, son obstáculos para nuestra oración. Es muy importante ceder al deseo del Espíritu Santo que quiere que seamos puros y santos en el hablar y en el pensar para que podamos crecer en unión con El. (Ef. 5, 1-4).

6. NO COMPRENDER NI ACEPTAR LAS TRIBULACIONES

Si nosotros le entregamos nuestra vida a Dios y comenzamos a amarle y servirle, todas las cosas que nos sucedan serán para nuestro bien, aún aquellas aparentemente negativas y contraproducentes. El Señor nos promete que todo lo que nos suceda lo usará para nuestro bien y nos pide que comprendamos su propósito y que confiemos en su amor (Rom. 5,1-5). Si alguien no actúa según el espíritu de Dios, entonces difícilmente podrá ver transformados los sucesos “malos” en un bien mayor, sino que abandonado a su ceguera natural se hundirá más en la desesperación y la confusión. La primera condición para que el Señor actúe en nuestras vidas transformando incluso el mal en bien, es creer en la palabra de Dios: *“Sabemos que Dios hace concurrir todas las cosas para el bien de los que le aman”* (Rom 8,28).

7- SENTIRNOS DÉBILES E INDIGNOS DE QUE DIOS SE OCUPE DE NOSOTROS

Producto de nuestro sentido de debilidad o nuestras recaídas, muchas veces sentimos que Dios no se va a fijar en nosotros para nada especial. Al pensar así estamos poniendo una "barrera" para que el Espíritu del Señor nos lleve a una intimidad con Dios. San Pablo decía a los Corintios:

... "para que no me engría con la sublimidad de esas revelaciones, fue dado un aguijón a mi carne, ... Por eso me complazco en mis flaquezas, en las injurias, en las necesidades, en las persecuciones y en las angustias sufridas por Cristo; pues cuando soy débil, entonces es cuando soy fuerte" (II Cor 12, 7-10).

Cada uno puede tener su aguijón en la carne el cual Dios permite para hacernos depender de El de tal forma que nadie dude que la gloria es de El y no nuestra. El saber que somos débiles, en vez de causarnos desilusión, debe llevarnos a confiar más plenamente en la misericordia de Dios, debe llevarnos a depender de Él en forma más profunda y total, para convertirnos en lo que Él quiere que seamos. Los sentimientos de indignidad y debilidad, cuando nos desilusionan y nos llevan a darnos por vencidos, pueden ser un engaño del mal espíritu, o una forma encubierta de orgullo, una de las últimas y finales barreras que nos impiden entregarnos a Dios. Debemos dejar de depender de nuestra habilidad natural, de

nuestra formación, pues esto es simplemente poner obstáculos a Dios. NADA de lo que se ha dicho, ni NADA de lo que pudiera ser mencionado, puede impedir de forma permanente que un hijo de Dios vaya creciendo hasta lograr la estatura perfecta en Cristo. No existe dificultad que bloquee nuestra creciente comunión con Dios, que no pueda ser vencida por la perseverancia. Algunas dificultades necesitarán la ayuda de los hermanos (sanación interior, consejo, etc.), otras las

superaremos con el tiempo perseverando y pidiendo al Señor su ayuda, pero el deseo de Jesús -podemos estar seguros- es que crezcamos en la oración y a través de ella. ¿Qué impedimento podrá resistir por largo tiempo la manifiesta voluntad de Dios y el poder de su Espíritu? Creceremos en la oración, venceremos las dificultades, seremos transformados en hombres y mujeres de oración, cuando ésta se convierta en el mayor deseo de nuestro corazón.

La Oración de la Virgen María en el Catecismo de la Iglesia Católica

2617 La oración de María se nos revela en la aurora de la plenitud de los tiempos. Antes de la encarnación del Hijo de Dios y antes de la efusión del Espíritu Santo, su oración coopera de manera única con el designio amoroso del Padre: en la anunciación, para la concepción de Cristo (cf Lc 1, 38); en Pentecostés para la formación de la Iglesia, Cuerpo de Cristo (cf Hch 1, 14). En la fe de su humilde esclava, el don de Dios encuentra la acogida que esperaba desde el comienzo de los tiempos. La que el Omnipotente ha hecho "llena de gracia" responde con la ofrenda de todo su ser: "He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra". Fiat, ésta es la oración cristiana: ser todo de El, ya que El es todo nuestro.

2618 El Evangelio nos revela cómo María ora e intercede en la fe: en Caná (cf Jn 2, 1-12) la madre de Jesús ruega a su hijo por las necesidades de un banquete de bodas, signo de otro banquete, el de las bodas del Cordero que da su Cuerpo y su Sangre a petición de la Iglesia, su Esposa. Y en la hora de la nueva Alianza, al pie de la Cruz, María es escuchada como la Mujer, la nueva Eva, la verdadera "madre de los que viven".

2619 Por eso, el cántico de María (cf Lc 1, 46-55; el "Magnificat" latino, el "Megalynei" bizantino) es a la vez el cántico de la Madre de Dios y el de la Iglesia, cántico de la Hija de Sión y del nuevo Pueblo de Dios, cántico de acción de gracias por la plenitud de gracias derramadas en la Economía de la salvación, cántico de los "pobres" cuya esperanza ha sido colmada con el cumplimiento de las promesas hechas a nuestros padres "en favor de Abraham y su descendencia, para siempre".